

# El diseño de los museos o *el tamaño sí que importa*

Concha Martínez Latre

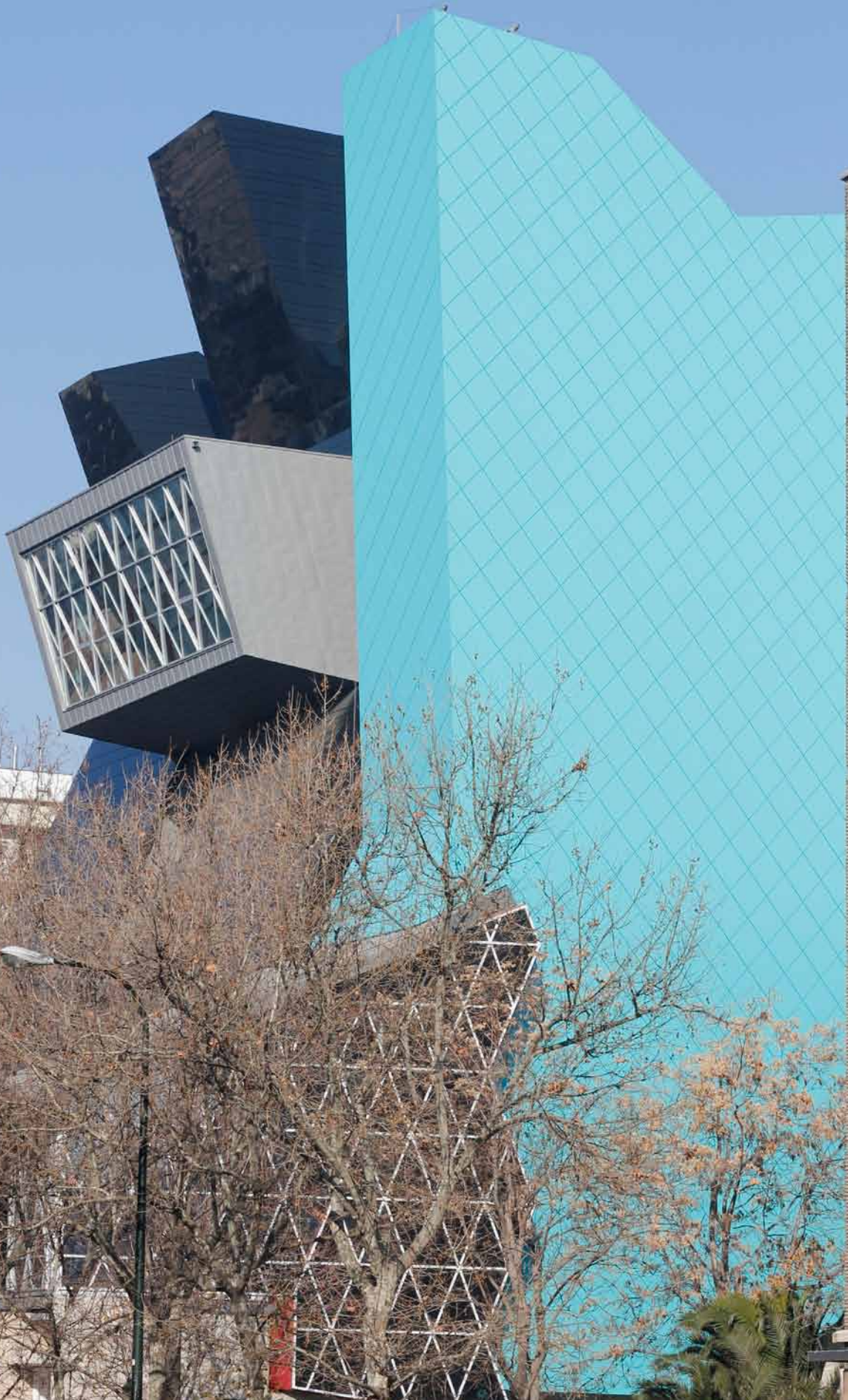
Las cuestiones éticas se han pretendido desligar de campos que se suponía gozaban de completa autonomía como podrían ser el de la ciencia o el del arte. La producción desde esos dominios no se podía contaminar con argumentos que eran ajenos e irrelevantes.

Durante mucho tiempo esa idea ha estado dominando el pensamiento de los expertos y todavía sigue en vigor. Traer a colación ciertos aspectos de una obra artística o de un desarrollo científico se tildaba de inoportuno, moralista e incluso de demagógico. Todo era posible en el mejor de los mundos y dentro de esas oportunidades se consideraban “pequeñeces” los costes económicos de determinados proyectos o las aplicaciones tecnológicas consecuencia de ciertas teorías científicas.

Hemos conseguido vivir y encajar dentro de esos argumentos porque resultaban convenientes para nuestra percepción de la sociedad en la que

vivimos. Una especie de huida hacia delante nos ha habituado a vivir contemplando sólo parcelas de la realidad que nos pudieran satisfacer. La observación de lo que nos rodea nunca es completa, se selecciona de forma consciente e inconsciente partiendo de unos imaginarios individuales y colectivos que nos conducen por caminos concretos, de manera que vamos construyendo nuestra realidad.

Conviene a nuestra situación socio-política dentro de Europa, e incluso hasta tiempos recientes entre la Europa pujante, ignorar la configuración de un planeta en el que más de dos tercios de la población vive bajo umbrales de pobreza, y la brecha entre el 20 % más rico (donde se sitúa nuestro país) y el 20 % más pobre es de 80 veces unos frente a otros. Creemos que el lugar que ocupamos en esa jerarquía nos lo hemos ganado “honradamente” y por lo tanto es totalmente lícito aprovecharnos de los beneficios que reporta estar ahí.



C.M.E. Ramón y

HOSPITAL

IAA  
CC  
PABLO  
SERRANO  
BUSES  
20 | 21  
46 | 51

JACK



Puede que leer estas afirmaciones en estas páginas ya provoque una cierta alergia al contenido del artículo pues se puede pensar que no es pertinente traer hasta aquí datos más propios de las campañas de las ONGS que de una revista dedicada a la cultura; pero mi intención es justamente mezclar las cosas y desmontar la pretensión de asepsia que se invoca para proteger dominios como el arte, la ciencia o la cultura. ¡Todo está interconectado!

“ La Expo de 2008 también tuvo consecuencias sobre la ciudad, visibles negativamente en la repercusión que han tenido en las arcas municipales inversiones tan abultadas como inútiles. ”

Desde esa posición, que ocupamos en la llamada “vanguardia” del mundo, hay una rabiosa apuesta por saber estar a la altura de los tiempos. Pero ese lugar señala demasiado unilateralmente en una dirección: no hay que vincular medios y fines, hay que demostrar fehacientemente que somos modernos, o postmodernos, y los megaproyectos que pueden dejar espectaculares huellas materiales son los más admirados. Ojo con referencias sospechosas que indican la conveniencia de no hacer tabla rasa de nuestro pasado, aprender de experiencias próximas, tener una conciencia crítica o mimar la sabiduría heredada de nuestros mayores, porque solamente los eternos descontentos pensarían así. Hay que ser rompedores, eternamente jóvenes, desterrar la memoria por retardataria y nostálgica. ¡Hay que soltar amarras!

Lamentablemente nuestra ciudad, Zaragoza, nos da sobrados

ejemplos de este modo de actuar desde los poderes públicos, con el beneplácito de mentes y voluntades que legitiman acciones tan sólo contestadas desde los márgenes, silenciadas o ridiculizadas muchas veces con la sentencia de no evolucionadas, de no saber estar a la altura de los tiempos.

Por empezar por alguna de esas obras del pasado reciente que han dejado “huella” en el trazado de la ciudad de Zaragoza estaría la remodelación de la Plaza del Pilar en 1992, año altamente simbólico en España: las Olimpiadas de Barcelona y la Exposición Internacional de Sevilla. Cada ciudad se vio impelida a apuntarse a los tiempos de cambio. Aquí, con González Treviño al frente de la alcaldía y García Nieto como concejal de urbanismo (su “hazaña” fue grabada sobre mármol en la propia plaza), entre otras lindezas se cambió por completo la atmósfera de la plaza sustituyendo los jardines (ya pasados de moda, decían) por otras estéticas muy cuestionables y ciertamente poco adaptadas al clima zaragozano.

La Expo de 2008 también tuvo consecuencias sobre la ciudad, visibles negativamente en la repercusión que han tenido en las arcas municipales inversiones tan abultadas como inútiles. Sirva como ejemplo el famoso Puente de la arquitecta Zaha Hadid, cuyo precio no sabremos con seguridad en cuánto superó los 70 millones de euros, pero sí sabemos de su inutilidad para algo más que atravesar el río, cuestión innecesaria incluso por la existencia de la vecina pasarela del voluntariado que cumple esa función. El puente de la arquitecta iraní es una especie de pantalla sobre cualquier visión del río y si tan apetitoso resultaba para ciertos poderes poseer una obra de esta mujer ¿por qué no haberla construido en una orilla del río evitando los graves problemas de su cimentación sobre el cauce del Ebro?¹



Fotografía: Eugenio Mátteo

Cualquier crítica a esta obra, que las hubo, fue acallada. O las que se han producido en torno a otros proyectos como el del Espacio Goya (*museo del humo*), con un concurso de arquitectos totalmente fuera de lugar, caro y sin conocimiento del entorno, cuya única consecuencia ha sido el desalojo, más o menos violento, de la Escuela de Artes y Oficios de su espléndida localización en el centro de la ciudad y al lado del Museo de Zaragoza. El edificio desalojado empieza ya el proceso de deterioro y abandono, que lleva la amenaza de ruina futura. O la inversión cuantiosa en la remodelación del antiguo Museo Pablo Serrano, ahora IAACC, que se traduce en un edificio grandilocuente y singular en cuanto a su arquitectura y diseño, pero inútil y vacío de contenido y función.

Entre tanto, la piqueta se ha ido llevando por delante el Teatro Fleta o el cine Goya, por no remontarnos más atrás para ver otros desaguisados. Una especie de fuerza centrífuga va arrojando de nuestra visión imágenes que conformaban el “paisaje urbano” de Zaragoza; hay una voluntad de huida, de crecer, de ser una gran capital, como si ese gran tamaño se vinculara con calidad de vida; aunque más bien sabemos que es al contrario, el tamaño juega pero en signo inverso. Una ciudad más pequeña, en cuanto a población o dimensiones de su territorio, es mucho más humana y más capacitada para una socialización cercana con bases afectivas.

La ciudad de Zaragoza coloniza terrenos inhóspitos como Valdespartera, Arcosur o Puerto Venecia al tiempo que el centro se vacía dejando pisos y lugares sin vida. La poderosa ley del ladrillo y de la especulación se convierte en modeladora de nuestra vida y de nuestro entorno.

En medio de ese panorama, llega la crisis que estamos viviendo los últimos años y de pronto parece

como si ciertas conductas y actitudes anteriormente tachadas de retardatarias se empezaran a escuchar.

Un consumo crítico, la reflexión sobre el decrecimiento, la necesidad de articular modelos de cooperación horizontal, unas finanzas éticas, la coherencia entre fines y medios, etc. tienen también su incidencia en el mundo de la cultura y en el de los museos en concreto. Quizá no sean tan necesarios los grandes museos con el abultado gasto que conlleva no sólo su construcción sino su mantenimiento, puede que las pequeñas instituciones cumplan un papel si se posibilita que la gente las asuma como propias por encima de expertos y técnicos, hasta es pensable que esos lugares sean propicios para dinamizar colectivos, para pensar el presente, para aprender de lo que se ha vivido.

El tiempo de las catedrales puede que haya concluido y que tengamos que centrarnos y revalorizar el tiempo de las ermitas, rescatar de ellas el imaginario que recrea a la comunidad, que recoge los valores de la fiesta, del gozo de estar juntos, del gozo de la vida, simple y sencilla, pero ni más ni menos que vida, que en definitiva es todo lo que poseemos. Claro que puede ser que estas ideas “no vendan” para el poder y si los tiempos de bonanza regresan, olvidemos rápidamente nuestras ermitas y corramos apresurados a construir nuevos y costosos templos. Es difícil atreverse a decirle al emperador que su traje no es tal, que en realidad va desnudo.

---

<sup>1</sup> Justamente redactando estas líneas, la prensa local, Heraldo de Aragón de 12 y 13 de marzo de 2012, informa de que Zaha Hadid no firmó el proyecto del Pabellón Puente, simplemente dibujó el boceto del gladiolo y es un secreto saber cuánto cobró la arquitecta por “su trabajo”, que tampoco contempló el lugar del emplazamiento y los problemas que iba a ocasionar